

## Una efeméride: cuarenta años del *Diccionario medicobiológico University*

José Rafael Blengio Pinto\*

El *Diccionario medicobiológico University*, que vio la luz en 1966, es una obra que dejó una huella honda, en muchos sentidos, en los objetivos y el trabajo diario de la Editorial Interamericana, empresa fundada en 1944 por Eulogio Ripoll Gutiérrez y su esposa Marjorie Bush. La elaboración del diccionario siguió un largo y complejo camino. En los veintidós años que mediaron entre la fundación de la editorial y la aparición de tal obra, se produjo un periodo de expansión incesante de la compañía, en el que, a partir de la casa matriz en México, hizo llegar sus publicaciones a todos los ámbitos de América Latina, España y los propios Estados Unidos de América por medio de una red de eficientes sucursales. Sesenta años después, ese logro nos permite entrever el dinamismo y el empuje de quienes creyeron en la validez del proyecto original.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la coyuntura histórica en el campo de la medicina y en otros terrenos permitió la integración de los avances científicos surgidos en lustros anteriores, incluso algunos nacidos precisamente en la citada contienda, en corrientes de opinión. Dichos progresos comenzaron a trascender en todos los ámbitos, como el de la farmacología, la cirugía y múltiples disciplinas, y así se consolidaron conocimientos, técnicas, aparatos e instrumentos que sentaron las bases de una industria médica predominantemente estadounidense que revolucionó muchos aspectos de la medicina de todo el mundo. El libro médico era un reflejo de toda esa enorme ola de avances, y por ello fue casi natural que un espíritu emprendedor como Eulogio Ripoll creara una editorial que difundiera en lengua española el acervo científico, que desde entonces no ha dejado de crecer vertiginosamente.

En 1962, acepté la invitación que me había hecho Ripoll (quien falleció al poco tiempo en un accidente de aviación) de incorporarme al personal de la empresa como asistente del doctor Homero Vela Treviño, un médico joven que provenía de otra editorial fundada por españoles, la UTEHA (en la que había sido entrenado por el farmacéutico Julio Colón Manrique, autor de la benemérita obra *Arte de traducir el inglés*), empresa que también estaba en una etapa de auge. Así, el 1.º de enero de 1963 comencé mi aprendizaje y mi trabajo en Interamericana.

A la muerte del fundador, la gerencia de Interamericana fue ocupada por Jorge de la Vega Ripoll, quien se encargó de materializar algunos proyectos trunco de su tío. En 1966, la editorial adquirió un edificio con amplias bodegas en el número 512 de la calle Cedro, en la colonia Atlampa de la ciudad de México, que albergaría a la empresa en los siguientes treinta y ocho años y en el cual nos formaríamos las siguientes generaciones de traductores, bajo la coordinación certera del

doctor Alberto Folch y Pi, médico catalán que había llegado a México en plena Segunda Guerra Mundial, con estudios de farmacología y medicina experimental (colaboró con Einthoven en 1923, en Berlín). Invitado por su paisano Ripoll a participar en la traducción de los primeros libros de la editorial y alternando con sus tareas de catedrático de farmacología y director médico de distintos laboratorios farmacéuticos, dio un impulso capital a las actividades en nuestro campo. Al repasar los recuerdos lo veo ahora como el hombre más indicado, que ocupó el sitio decisivo en el momento idóneo (*the right man in the right place at the right time*).

En las antiguas oficinas se había empezado a trabajar en el diccionario, y en las nuevas hubo necesidad de habilitar todo un piso de mediana amplitud (recuerdo sus amplios ventanales de vidrio) para que se instalaran grandes archiveros con todas las fichas de la obra. Todos los días, un mensajero en motocicleta llevaba a la imprenta las tarjetas terminadas, escritas a máquina, y regresaba con las pruebas de imprenta para su revisión. Si bien el doctor Folch era el director de la obra, gran parte de la responsabilidad de la edición recayó en el doctor Fernando Colchero Arrubarrena, también integrante de la gran diáspora española de la Guerra Civil, hombre probo, capaz y trabajador, que en sus años de estudiante había sido discípulo de Santiago Ramón y Cajal. Día con día, sin desmayos, elaboró y coordinó miles de fichas para su impresión oportuna. En esa tarea participamos los que entonces hacíamos nuestro aprendizaje bajo la mano providente de los tres médicos (Folch, Colchero y Vela).

El diccionario fue un proyecto editorial de gran envergadura que se realizó sin menoscabo del resto de la producción de libros; formaba parte de nuestro trabajo cotidiano, pero no era lo único que hacíamos. Sería prolijo relatar las anécdotas que surgieron durante su realización. Una vez impreso, mereció una distinción de la Asociación Mexicana de Editores, aunque, si vemos la otra cara de la moneda, fue una inversión poco rentable, y según comentarios de ejecutivos posteriores, se necesitaron veinte años para recuperar lo invertido. Por cierto, en los años setenta la compañía pasó por una etapa de gran dificultad financiera, que, al parecer, obligó a venderla a la empresa estadounidense W. Saunders; por una serie de circunstancias coyunturales esta la vendió a su vez al poderoso grupo CBS.

La historia, por otros derroteros, prosigue. Aún colaboro con la compañía que hace casi cuarenta y cuatro años me hizo incorporarme a un proyecto que al final cambió mi vida, y la de muchos participantes, pues, entre otras cosas, terminé por ser traductor médico. En 1966, en el prefacio del diccionario, el doctor Folch escribió estas palabras, que no

\* Médico traductor, Querétaro (México). Dirección para correspondencia: [jrbhengio@yahoo.com.mx](mailto:jrbhengio@yahoo.com.mx).

han perdido vigencia: «El esfuerzo iniciado hace más de dos lustros cristaliza hoy con la aparición de esta obra. Si es la culminación de un noble propósito de servicio y un plan de trabajo realizado con gran responsabilidad, sólo representa un alto en la jornada. La índole dinámica de su estructura, sujeta a cambios constantes, se confunde con el progreso de la ciencia, que no reconoce fin. Breves pausas van seguidas de renovados y más vigorosos impulsos».

Cuarenta años después de su publicación, el diccionario sigue siendo útil y aún es una obra de referencia casi obligada y de suma utilidad en las disciplinas medicobiológicas, y gran parte de su contenido no ha perdido vigencia. Ha resistido dignamente la prueba del tiempo, y en él han abrevado miles de lectores acuciosos, para honra y orgullo de la medicina hispanoamericana.

